

**Miércoles XXVI del TO
Ciclo A**



4 de octubre de 2023

Neh 2, 1-8

Sal 136

Lc 9, 57-62

P. Eduardo Suanzes, msp

Para acompañar la lectura del Evangelio, déjenme que les cite unas palabras de Santa Teresa de Jesús:

«Somos tan caros y tan tardíos para darnos del todo a Dios, que... no acabamos de disponernos. Creemos que lo damos todo, y solo ofrecemos a Dios la renta o los frutos y nos quedamos con la raíz y posesión»¹

¡Qué clara es Teresa! En los senderos del amor, tanto se recibe cuanto se da y si no nos damos del todo no recibiremos del todo el tesoro que Dios nos tiene preparado desde toda la eternidad: ese tesoro es la experiencia de su misericordia.

Se producen tres escenas en el evangelio de hoy.

Primero, alguien quiere seguirlo, desde el voluntarismo, desde su iniciativa, sin haberse encontrado previamente con Él, sin haber tenido la experiencia de Él. Jesús le advierte que el don de sí es indeterminado, que no puede poner condiciones y que su seguimiento será saltar a una vida sin control, viviendo sin arrimo y a la intemperie. Por tanto, o se vive de la experiencia de Él o se estará condenado al fracaso.

Al segundo, sin embargo es Jesús quien lo llama. Aquí hay una experiencia de Jesús previa. Sin embargo, el que es llamado quiere enterrar primero a sus muertos. Jesús le responde con una frase extraña: «*deja que los muertos entierren a sus muertos. Tú ve y anuncia el Reino de Dios*». La frase de Jesús no hay que entenderla literalmente; lo que le está diciendo a ese que es llamado es que el don de sí es una llamada a servir la Vida, concretada en el anuncio del Reino, que es el reino de la vida. Es la Vida la que reclama al discípulo y la que proclama el Maestro. Jesús le está diciendo, que su libertad será plena si se entrega a la Vida, no a la muerte.

El tercero, por fin, también quiere seguir a Jesús desde su decisión, sin haberse encontrado primero con Él. No hay que entender literalmente aquí tampoco el reproche de Jesús porque el individuo quiera despedirse de sus padres. El respeto y amor a los padres están recogidos en el cuarto mandamiento de la Torá y Jesús lo cumplió a rajatabla. Lo que sucede, es que el sujeto en cuestión da su respuesta no desde una llamada de Jesús sino desde un interés personal. Es él el que decide seguirlo sin haberse encontrado previamente con Él, sin haber tenido la experiencia de Él. La calidad del don de sí de este último está determinada por querer mirar siempre al pasado, el pasado de la seguridad de la casa

¹ TERESA DE JESÚS, *Vida* 11,1.2

paterna, en la siempre añoranza de tener una vida regalada y establemente segura. Pero el don de sí ha de ser absoluto, lo que significa que o se da todo o no hay entrega.

Hemos visto por estos versículos dos de las tres características del don de sí: que debe ser absoluto, total, no por partes; y que debe ser indeterminado, es decir, que no ha de poner condiciones, que no será tal si tratamos de controlarlo, domesticarlo, adaptarlo a nuestras necesidades. Esto no quiere decir que el don de sí sea una especie de comunión con el vacío, con la nada, sino con la voluntad de Dios que, en la mayoría de las veces, cuando tomamos la decisión de darnos, esa voluntad no se conoce en ese momento: eso es lo que hace que el don de sí sea la llave del Corazón de Jesús, porque nos somete a la acción del Espíritu Santo.

Pero falta una tercera característica. Y es que el don de sí ha de ser frecuentemente renovado. El don de sí no ha de ser un acto transitorio, sino una disposición constante del alma. Cosa que no sucederá, a no ser a condición de que se renueve frecuentemente. Y es que nuestro ser egoico trata de esquivar la donación con el apresuramiento y con razonamientos más o menos coherentes. Por eso necesitamos renovarlo frecuentemente, para aspirar a que esta donación sea cada vez más completa, humilde y que cada vez más desconfiemos de nosotros mismos.

Por otro lado, en el caminar de la vida, en el seguimiento de Jesús, nuevas e inesperadas manifestaciones de la voluntad de Dios se hacen presentes, por lo que tenemos que renovar el don de sí para adaptarnos a las nuevas exigencias del Evangelio sobre nuestra vida².

² Cfr. EUGENIO MA DEL NIÑO JESÚS. *Quiero ver a Dios*. Ed. De Espiritualidad. Madrid, 1998